

En torno al estudio del discurso social¹

Entrevista a Marc Angenot

Em torno do estudo do discurso social

Entrevista com Marc Angenot

María Alejandra Vitale
Universidad de Buenos Aires – UBA
vitaleale@fibertel.com.ar

Marc Angenot es Dr. en Filosofía y Letras por la Universidad Libre de Bruselas, Bélgica, país donde nació. Desde 2013, es profesor emérito del Departamento de Lengua y Literatura francesa de la Universidad McGill, Canadá. En 2005, el gobierno de Québec le dio el prestigioso premio Léon-Gérin. Su vastísima obra intersecta los campos de la Retórica, la Historia de las Ideas, el Análisis del Discurso y la Semiótica. Su aporte fundamental es la denominada Teoría del Discurso Social. Entre sus publicaciones, se ubican *Les Champions des femmes* (1977), *La parole pamphlétaire* (París, 1985), *1889. Un état du discours social* (1989), *Idéologies du ressentiment* (1995), *Rhétorique de l'anti-socialisme* (2004), *Le Marxisme dans les grands récits* (París, 2005) y *Dialogues de sourds* (París, 2008).

Esta entrevista fue realizada en el marco del IV Seminario Internacional de Discurso y Argumentación (SEDiar) que – organizado por el Instituto de Lingüística – se desarrolló en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, entre el 14 y 16 de marzo de 2018. En ese encuentro, Marc Angenot estuvo a cargo de la conferencia plenaria de apertura.

¹ Traducción del francés: Paulina Bettendorff.

María Alejandra Vitale: ¿Cuáles son los supuestos de su teoría del discurso social?

Marc Angenot: Los supuestos de la teoría del discurso social son los siguientes. Tradicionalmente tenemos una imagen de la sociedad en la que el médico habla de medicina, el periodista habla de la actualidad, el escritor habla de la ficción y del teatro. Cada discurso está especializado en un dominio particular. La teoría del discurso social supone lo contrario. Es decir, que entre los discursos que predominan en un estado de la sociedad no solo existen temas en común, temas que circulan. Hay también lo que llamamos, siguiendo a Michel Foucault, una epistemología, o una noseología, una manera de conocer el mundo, que es propia de un estado de la sociedad y de una época. Podemos ver que hoy, por ejemplo, el acoso sexual interesa a los juristas, a los periodistas, a los movimientos sociales, etc.

Lo que nos impresiona cuando retrocedemos una o dos generaciones es que el discurso social de aquella época no funciona más. Las obras de teatro que, se suponía, eran divertidas ya no nos hacen reír; las tragedias que supuestamente muestran el dolor, más bien nos hacen reír, después de dos generaciones. Dicho de otra manera, el discurso social tiene una eficacia y esa eficacia se diluye, se disuelve, se modifica a lo largo del tiempo. Por lo tanto, hace veinticinco años, hace un cuarto de siglo, me dije que podíamos vislumbrar lo que vendría en un momento en el que lo impreso era predominante – en el siglo XIX, antes de los medios digitales –, si leíamos más o menos todo lo que se imprimió en 1889, es decir, en una época relativamente lejana. Leí los libros, los diarios, los periódicos e intenté prestar atención a las recurrencias, a lo que volvía regularmente, especialmente ciertas maneras de hablar.

M. A. V.: El marxismo, ¿ha tenido influencia en su producción? Si es así, ¿cuál?

M. A.: Al comienzo ciertos pensadores han tenido influencia, entre los cuales algunos eran marxistas y otros para nada. Entre los marxistas, podría citar – hoy está un poco olvidado – a Antonio Gramsci. Antonio Gramsci fue para mí un pensador extremadamente interesante, porque fue el primero que, desde su punto de vista, pensó la hegemonía de la clase dominante, justamente, a través de maneras de pensar, de temas, de razonamientos que eran propios de un estado de la sociedad y que dominaban a las clases explotadas. En la misma época de mi juventud, Michel Foucault, que no es marxista, se preguntaba en *Las palabras y las cosas* si no había en las ciencias – Foucault nunca trabajó sobre el discurso público, el discurso exotérico –, entre la gramática, la fisiología, la medicina del siglo XIX, elementos comunes, al menos los más simples. Porque siempre es necesario llevar los grandes pensamientos a una idea simple. Foucault se hizo una pregunta durante toda su vida: ¿cómo se tomó el hombre a sí mismo como objeto de la ciencia?, ¿cómo transformó el hombre su ser en otra cosa en el saber objetivado? Y por eso se puso a estudiar la prisión, la medicina, la psiquiatría, la locura. Pero tenía una sola pregunta.

Mi pregunta era un poco diferente. Se trataba de preguntar si en el medio de todo lo que se dice en una sociedad – en la que hay originalidad y mediocridad, banalidades populares e ideas

sublimes de poetas y pensadores, etc. –, hay algo que dé una cohesión orgánica. Es decir, si se puede poner junto todo tipo de cosas diferentes. Es el momento de dar un ejemplo. Como todos los ejemplos que se dan, es un poco simple y un poco caricaturesco. Si tomo en el siglo XIX una revista de gastronomía me va a decir: “La cocina francesa se está descomponiendo porque la margarina va a reemplazar a la manteca”. La manteca, producto natural, es reemplazada por la margarina, producto artificial y, encima, alemán en esa época. Ahora tomo a los antisemitas, hay muchos hacia 1889, que dicen: “Los judíos errantes van a reemplazar a los franceses enraizados en el suelo de la Francia”. Y luego tomo a los poetas que dicen: “Lo que llamamos el verso libre va a reemplazar la prosodia tradicional y clásica”. Dicho de otra manera, todos tienen la idea de que hay algo que va a reemplazar las estabilidades. Y esto se puede relacionar con pensadores que no eran marxistas, que eran una suerte de freudo-marxistas posmodernos, Deleuze y Guattari, que se hacían esta pregunta de la desterritorialización. Es la idea de que la estabilidad se descompone. Todas las novelas en torno a 1889 cuentan una sola historia: un hombre joven, lleno de idealismo, llega a París, quiere tener éxito en la literatura, pero provisoriamente acepta ser periodista, degrada sus propias ilusiones en el periodismo, se convierte en el amante de una *cocotte*, de una actriz... Todas las novelas cuentan esta misma historia: la historia de las ilusiones perdidas. Es un título de Balzac, *Les illusions perdues*. El discurso social, para mí, es eso: es algo entre los discursos. Cada discurso tiene su objeto – la gastronomía habla de cocina, los antisemitas hablan de la unidad de la raza y la nación francesa, los otros hablan de literatura –, pero dicen una sola y misma historia a través de todos los textos.

M. A. V.: ¿El analista debe explicitar su posición crítica o ideológica? ¿Cuál sería la dimensión crítica del análisis retórico o discursivo?

M. A.: Ese es un verdadero problema. Es un problema que se encuentra en todas las ciencias humanas. Cuando leo un estudio de la Revolución Francesa, no me interesa saber si quien lo escribió admira a Robespierre o si piensa que era un hijo de puta. Eso no es interesante. No tengo que tomar partido en relación con el objeto. ¿Cuál es la única posición crítica? Consiste, en primer lugar, en describir. La mayor parte de los historiadores franceses contaron la Revolución Francesa, ya sea a favor de los hombres del Terror, ya sea en contra, pero muy pocos encontraron una posición crítica que consistiría en decir: “No quiero decirle si estoy a favor o en contra, solamente quiero decir cómo pasó, quién era Robespierre, cómo era su personalidad”. Eso ya es bastante complicado. En historiografía, el problema fundamental es no tomar partido sobre el objeto, sino permanecer en una posición exterior, que consiste en describir y explicar. Es cierto que al explicar se va a adivinar que tengo preferencias. Pero eso es el ser humano, es la vida, la especie humana.

Lo mismo ocurre en retórica. Hay dos tipos de análisis de las ideologías: en uno analizo una ideología que todo el mundo detesta – el hitlerismo, el fascismo, etc. –, hay otro análisis en el que estoy muy cómodo porque hablo con personas que están de acuerdo conmigo en aquello que no está bien. Pero la verdadera cuestión, la que es importante, es saber cómo esa gente descifra, interpreta,

analiza, argumenta, explica su posición. Incluso si esa posición no me interesa. Creo que la gran ocupación de la retórica – la retórica tiene una inmensa ventaja histórica – es decir, ante una sociedad compleja en la que todo el mundo habla, todo el mundo cuenta historias, cuántos argumentos intercambiaron. Esto también es una simplificación. Observo que hay dos bandos: que el bando A tiene cinco argumentos repetitivos con variaciones, el bando B tiene cinco objeciones repetitivas con variaciones, y nada más.

Entonces, la gran ventaja de la retórica es similar a lo que hizo Albert Hirschman – es un profesor de Harvard– en un libro que se llama *Rhetoric of Reaction*. Él tomó una idea muy simple. Comprobó que, durante dos siglos, la derecha reaccionaria de Estados Unidos usó tres argumentos. Eso es genial. Encontró tres argumentos de los reaccionarios, es decir, los antiprogresistas. Vamos a tomar el ejemplo del voto de las mujeres alrededor de 1900. ¿Por qué las mujeres no debían votar? Uno, la medida propuesta es inútil porque no servirá a su causa. Es interesante porque es un argumento que le habla al adversario progresista: “¿Por qué quieren darles el voto a las mujeres? Ellas no se ocupan de la política. No les interesa”. Hirschman llama a eso el argumento de la inocuidad: no hace falta hacer algo que no le interesa al beneficiario. No es el argumento del reaccionario. El argumento reaccionario es que la mujer se debe quedar en la casa. El segundo argumento corresponde a decir: “No hay que darles el derecho a votar a las mujeres porque en nuestra sociedad, en la que somos tan corteses y estamos a sus pies, ellas ya tienen todo lo que quieren, y por lo tanto lo van a perder. Si se ponen a hacer política, van a ser como nosotros”. Tercer argumento: el argumento del efecto perverso. *Pervert effect* es un razonamiento que dice: “No se le debe dar el voto a las mujeres porque su condición se va a agravar. En cambio, ahora están muy bien como están en una sociedad patriarcal. Van a ser infelices”. Hirschman mostró muy bien que eso funciona con la emancipación de los negros en 1850, con la emancipación de las mujeres, con la *affirmative action*, etc. Durante dos siglos funcionan estos tres argumentos. Es un poco simplificado...

Un argumento que identificamos muy frecuentemente en una sociedad es el argumento de la pendiente fatal: se les otorga el matrimonio a los homosexuales, después de eso se va a pasar fatalmente a la poligamia, al incesto y a la zoofilia. Ese es el argumento de la pendiente fatal. ¿Cuál es la gran ventaja de la retórica que hace que nosotros seamos seres interesantes en las ciencias sociales? Es que podemos reducir diez mil páginas de discusiones a tres argumentos. Se encuentran fatalmente por todos lados. En Argentina hubo un debate sobre el matrimonio gay, evidentemente se los repitió, como se lo hizo en Francia. Hoy se ha convertido en una mundialización, es más general.

M. A. V.: En lo que llama retórica del resentimiento, ¿incluye al feminismo? Si es así, ¿por qué?

M. A.: Hoy no existe el feminismo que vemos en las formas modernas, con Olympe de Gouges en Francia y con la *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Shelley. Hay dos siglos de feminismo. El feminismo hoy está pervertido por la *identity politics*, la política identitaria, que es un poco un efecto caricaturesco y tiene tendencia hacia una posición de resentimiento. Esto lo observo a

menudo desde hace mucho tiempo, pero no es dominante. Hay un feminismo romántico que dice: “Ustedes, los hombres, ustedes son los que controlan la sociedad, y por eso a la sociedad le va tan mal. Entonces, ustedes están en deuda con nosotras, que podríamos hacerlo mejor”. Este es un razonamiento posible. Es un razonamiento del resentimiento porque consiste en decir: “los dominantes están equivocados por el solo hecho de que dominan y las víctimas tienen razón por el solo hecho de que son victimizadas”. Existen hoy en la política identitaria razonamientos antirracistas y feministas de este tipo. Mi idea personal es que no son esperanzadores, son peligrosos, pero no hay un solo feminismo. Hay también un feminismo estoico que puede decir: “fuimos dominadas y ahora se terminó, sigamos”. No hay resentimiento en el razonamiento “a pesar de la hostilidad de mi adversario, voy a tener éxito”. Eso está bien. Pero el argumento un poco “llorón” de “ah, son todos malos, todas fuimos violadas...” hace que esté presente en sus componentes el resentimiento.

Con la retórica se puede demostrar que una ideología odiosa como el antisemitismo es una ideología de resentimiento. El antisemitismo dice: “ustedes tienen éxito en esta sociedad capitalista moderna, en la que nosotros, la mayoría, no tenemos éxito”. Hay dos “entonces” posibles. Entonces, somos idiotas – eso sería posible –, con este “entonces” nosotros nos equivocamos. O entonces, ustedes son malos, porque tienen éxito. Ahora, este no es el verdadero racismo que dice “ustedes son inferiores”. El antisemitismo no dice eso. Dice: “Ustedes tienen éxito en una sociedad repugnante y es porque ustedes tienen un alma repugnante que tienen éxito en una sociedad repugnante”. También aquí lo interesante es que podemos mostrar que en ideologías progresistas, como el feminismo, hay elementos que se parecen mucho a ideologías que no son para nada progresistas, como el antiguo antisemitismo, que consiste en decir – es eso el resentimiento –: el éxito es una prueba de perversidad.

M. A. V.: Su historia personal, ¿ha influido en su interés en el estudio de las derechas?

M. A.: Cuando comencé un libro sobre el antisemitismo, era fácil hacerlo, pero por una razón muy simple. Cuando empecé a trabajar, los investigadores franceses, los historiadores, veían el antisemitismo como una genealogía de especialistas. En Francia, había un antisemita que se llamaba Eduard Drumont y luego vinieron otros. Ya que había leído todo lo que había sido escrito en un año, 1889, me hice otra pregunta: ¿dónde hay muestras sobre los judíos que no estén construidas sobre un sistema, sobre una visión del mundo, una *Weltanschauung*? Las podemos encontrar en una novela, en una obra de teatro o en un médico como el doctor Charcot, que era un especialista en la histeria. Hay muchísimas ideas sobre los judíos, etc. Entonces, encontramos justamente la ideología no en una forma sistematizada, sino difusa en un estado de la sociedad. Después trabajé sobre el fascismo, trabajé sobre el comunismo, me ocupé de las ideologías con dimensión utópica, es decir, ideologías que conducen hacia una visión del futuro en el que todos los problemas serán solucionados. Y, por supuesto, así me encontré con el socialismo revolucionario de otra época, el bolchevismo, etc. Y podemos, también, recordar la vieja noción de la Guerra Fría, el totalitarismo, es decir, ideologías totales, ideologías que abarcan la totalidad.

M.A. V.: ¿En qué está trabajando en este momento? ¿Tiene algún proyecto en particular ahora?

M. A.: Hice un tratado de retórica, *Dialogues de sourds*, y ahora estoy trabajando en otro, que es un suplemento, que se titula *Rhétorique de la confiance*. La retórica de la confianza, desde mi punto de vista, implica una cuestión de muy larga duración, que es muy simple. Las buenas preguntas son muy simples. El 80% de las cosas que sé las sé a partir de una fuente. Sé dónde tomo el avión para llegar a determinada ciudad y descubro que el invierno es en junio, julio, agosto. ¿Dónde aprendo esto? En Wikipedia, porque nunca abandoné el hemisferio norte. Pero la segunda categoría es, por lejos, la más frecuente. ¿Cómo sabe uno que el armisticio de la Primera Guerra Mundial fue firmado el 11 de noviembre de 1918? Uno no lo verifica. Hay una fuente que sigue otra fuente... Según mi opinión, uno de los grandes problemas de la retórica no es argumentar sobre un testimonio empírico, sino que es argumentar sobre la calidad de una fuente. No importa cuál sea. Si lo leí en el Corán es muy diferente a si lo leí en un diario. Pero en todos los casos, tengo que explicar por qué la fuente me parece fiable. Muchos problemas de nuestra sociedad se sostienen en el hecho de que hubo un testigo, en el testimonio, en que hay una sola persona que puede decir: “yo estuve ahí y yo vi al asesino; soy el único testigo”. Una gran parte de la historia de la Shoa es una historia del testimonio, de testimonios únicos y de testimonios de lo imposible, de lo inverosímil. Toda la filosofía moderna con Voltaire, con Hume, con Locke es una filosofía sobre “¿puedo creer cosas imposibles sobre la religión?”. Locke plantea muy bien una gran pregunta retórica: “¿Puedo creer que alguien a quien vi ayer está muerto hoy?”. Es raro, pero pasa. Pero que alguien a quien vi morir ayer resucite hoy... eso no pasa. Por lo tanto, vemos bien que la pregunta retórica es “¿cómo puedo creer algo sobre lo que no tengo la experiencia?”. Sobre eso estoy haciendo un nuevo tratado que se llama *Rhétorique de la confiance*.

Recebido em: 7 de outubro de 2020

Aceito em: 30 de outubro de 2020